



Sergi Belbel

Matar a diecisiete



Matar a diecisiete

Sergi
Belbel

Traducción de Olga García Arrabal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1569

Título original: *Morir-ne disset*

Este libro ha obtenido el 62º Premi Sant Jordi de Novela (2021), que convoca Òmnium Cultural.

© Sergi Belbel, 2021

© Òmnium Cultural i Raval Edicions SLU, Proa

© por la traducción del catalán, Olga García Arrabal, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-233-6126-7

Depósito legal: B. 3.369-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Morir a alguien

0.

No recuerdo cuándo empecé a pensar en catalán. Quizá la noche del primer muerto. Lo he hecho. He mort una persona. Pensé: he mort una persona. No pensé: he matado a una persona. He mort. He muerto. Hay que decirlo así. No obstante, el verbo matar también existe en catalán. Está en el diccionario. Pero suena mucho menos catalán decir he matado a una persona que he mort, he muerto a una persona. La última réplica de Terra baixa de Guimerà se me quedó grabada en la cabeza siendo muy pequeño cuando vi la obra por primera vez, en el colegio: he mort el llop, grita Manelic. He muerto al lobo. No dice: he matado al lobo. Guimerà también tuvo que aprender a pensar en catalán. Nació lejos de aquí, y de madre forastera. Su primera lengua, materna, fue la mía, el castellano; para mí materno y también paterno. Así pues, como yo, había tenido que aprender a pensar en catalán. Mira por dónde. Pero don Àngel no tuvo que asesinar a nadie, era un prohombre, y todo el mundo sabe que los prohombres no cometen crímenes y son moralmente intachables. Aunque es enorme la cantidad de gente que el venerable autor mata y hace matar en su teatro. Por amor, por celos, por angustia, por desespe-

ración. Por sexo, en una palabra. Pero ¿acaso alguna vez he matado yo a alguien por sexo? No, si hago memoria. Para nada. Yo solo he matado a alguien por ser. Mejor dicho: por anhelo de ser. Catalán. Ser catalán. Para poder pensar —que es lo mismo que decir, pero con nadie que te escuche—: he mort el llop, he muerto al lobo, al zorro, a la rata, al escorpión, o a la persona que quería hacerme daño, a mí o a mis seres queridos, o a la persona que hace que ser catalán pueda ser algo más malo que bueno. Un inciso importante: nunca he matado a nadie que no quisiera hacerme daño. Ni que no fuese un o una indeseable. Ni a nadie que no estuviese de más en este mundo.

Primero de primaria. Franco aún estaba vivo. Colegio de curas de la pequeña burguesía de una ciudad industrial fea a rabiar. Ernesto González. Seis años. Sentado en mitad de la nada y en los cursos venideros siempre en mitad de la nada —o sea, ni delante ni detrás—, por culpa de la jodida letra inicial de mi apellido: la anodina G. El de delante de mí: Jordi Gispert. El de detrás: Eudald Gorina. Los dos con la G, como yo, pero completamente de los nuestros (para mí, en aquel entonces, eran los vuestros). El de después de Eudald: Pere Herranz. No se hacía llamar Pedro, pero el apellido no era tan auténtico como el de Gispert y el de Gorina. Los padres de Herranz habían nacido aquí, pero no sus abuelos paternos, que habían venido de algún lugar del antiguo reino de Navarra. Mejor navarro o vasco que del maldito sur, como mi padre y mi madre, la cual era del sur del sur, mucho peor aún. Respecto a los segundos apellidos: yo, Calvo; Gispert, Roig; Gorina, Puigdollers, y Herranz, Baulies. Las madres de los tres muy de aquí, por lo visto. No tenía nada que hacer: todo mi ser clamaba a voz en grito la

condición de forastero. Y de allí abajo por parte de uno, y de más abajo todavía, de la otra. Los peores. Los zapatos y la ropa eran, huelga decirlo, indicadores de ello tanto o más burdos que mis apellidos.

Treu-te la o, pensé enseguida. Supongo que por entonces lo que en realidad debía de estar pensando era quítate la o. Por tanto, desde aquel momento, mi nombre es Ernest. Y ponte la i. Entre los apellidos.

Ernest González

i

Calvo.

Era algo muy recomendable para compensar la castellanidad (o andalucidad) de mis dos apellidos. Modificarme el nombre no fue difícil. Intercambiarme los apellidos me costó un poco más. Legalmente. Sentimentalmente, un poco también. No por las hermanas medianas de mi padre, que aún no me lo han perdonado, sino por su hermana mayor, la tía Mercedes, que murió dos meses después del golpe de estado de 1981, y que fue la persona, de todas las que he conocido en mi vida, que más se parecía a un ángel. Y también un poco por mi padre, el pequeño de los cinco hermanos, que sin ser ningún santo como la tía Mercedes, no era malo, al contrario que sus otros hermanos: la tía Carmen, la tía Angustias y el condenado tío Felipe, así no descansen en el infierno. Carmen y Angustias González eran mujeres enjutas, consumidas, viejas desde que nacieron. Siempre las he odiado. Desde finales de los setenta, ambas malviven en una residencia de ancianos, ciegas las dos, casi centenarias, y hace años que no las visito. Deben de estar muertas, supongo. No. Yo no he tenido nada que ver. A ellas no las he muerto, es decir, matado, porque no me ha hecho falta hacerlo. Perdieron muy pronto la vista y el juicio.

Nunca representaron una oposición real a mi condición de ciudadano de primera. Ahora soy Ernest Calvo. Legalmente no pude hacer el cambio de nombre y apellido hasta justo después de terminar la carrera. El González —cuánto lo siento, tía Mercedes y papá— lo perdí. Ernest Calvo tampoco queda tan mal. No es el summum de la catalanidad, pero suena sensiblemente mejor que Ernesto González Calvo, que remite a nombre de ministro franquista, de calle de pueblo de la Mancha o de alcalde popular de un pueblo de Castilla la Vieja, como la llamábamos antes. En castellano, Ernesto tampoco es un nombre muy castizo. Incluso tiene cierto aire aristocrático. Tal vez por la obra de Oscar Wilde, la que enfatiza precisamente la importancia de llamarse con ese nombre. Y que hace un juego de palabras con la importancia del carácter. O de la manera de ser. Ser Ernesto, ser Honesto, creo que es el paralelismo. Ciertamente, los nombres son importantes. Y tanto Ernesto, el honesto, como sobre todo Ernest, l'honest, suenan bien. A pesar de que, por desgracia, yo en casa no era Ernesto, era En-esto. Con doble ene. O ene geminada, como se diría en catalán. Para mi madre, además, con la ese aspirada. Era En-nehto. Y eso sí que era fatídico.

Aparte de esto, descubrí que la cuestión de los apellidos tampoco era tan importante. Quizá lo había sido una vez terminada la guerra. Pero a partir de los años cincuenta y, sobre todo, desde mediados de los sesenta, los González, Pérez, Martínez, Gómez y, especialmente, los García inundaron con tanta intensidad el territorio (qué sustantivo más estúpido para no tener que decir lo que deberíamos decir sin complejos) que buena parte de los hijos de todos aquellos recién llegados pudieron integrarse en la catalana tierra sin dema-

siados problemas. Muchos años después, en plena mitad de la segunda década del siglo XXI, alguien con un nombre que ni recuerdo hizo una película titulada Ocho apellidos catalanes, secuela de Ocho apellidos vascos, una auténtica mamarrachada sin ninguna gracia sobre el movimiento independentista catalán y el llamado procés (ríete tú del de Kafka). Si bien en una sociedad pequeña y oscura entre montañas húmedas y abruptas la condición de pertenecer a una estirpe determinada con lengua insólita y ADN diferente (y grupo sanguíneo) y, por tanto, la pureza de los apellidos aún puede tener algo de sentido, hace muchos, pero muchos años que en el territorio (puaj) catalán esta cuestión no tiene ninguna importancia. Además, muchos de los grandes apellidos catalanes habían establecido ya por entonces auténticas alianzas con familias acomodadas más allá del Ebro, a través de enlaces matrimoniales sin amor, por negocios sucios y feos. No hay nada más parecido a un corrupto castellano que un corrupto catalán. Por tanto, fueron los propios burgueses catalanes, en especial los escandalosamente ricos, los primeros en pasarse por el forro la pureza de los apellidos.

Pero de estas familias que hicieron fortuna en la España de posguerra, el noventa por ciento de las cuales vivía en la zona alta de Barcelona, por encima de la avenida del Generalísimo Franco, yo conocí muy pocas. De una, si lo pienso bien, supongo que acabaré hablando tarde o temprano. Los Gispert, Gorina, Puig, Oller, Noguera, Reixach, Casulleras, Roig, Comelles, Ferrer, Ferreter, Bartra, Martí, Camí, Vila, Soler, etcétera, con quienes iba al colegio, eran una cosa muy diferente. Habían perdido la guerra y sobrevivían gracias al espíritu trabajador, tanto si eran

pequeños como medianos empresarios. Y donde vivían mis padres, en el centro de esta ciudad fea y gris, conocimos a muy pocos obreros. Llegaron unos años más tarde, a principios de los sesenta, y por suerte para mí no se mezclaron nunca con mi familia. Tampoco fue tan difícil: fueron a parar a los rascacielos que los urbanistas franquistas diseñaron con mala baba y peor gusto para sobrepoblar las afueras de mi ciudad, bordeando las rieras fétidas por culpa de los tintes y otras porquerías que arrojaban allí las fábricas.

Me quité la o y primero fui Ernest González i Calvo y luego Ernest Calvo y punto. He matado (muerto) a diecisiete personas para llegar a donde he llegado y soy. No. Todavía no voy a deciros qué soy.